

mera y tantos otros monstruos fantásticos que asustan á los niños, á los débiles y á los crédulos: el agradecimiento es el que le ha infundido una nueva vida, le ha embellecido, le ha hecho mas amable, le ha divinizado por sus beneficios: él muestra de este modo en toda su pureza y en todo su esplendor la influencia de aquel espíritu de los griegos, para quienes la naturaleza, por todas partes animada, era tan risueña; para quienes la tierra, los aires, el mar y los ríos, los montes cubiertos de selvas y los valles sembrados de flores, se poblaban de juegos voluptuosos, de placeres variados, de divinidades indulgentes y benéficas, de inspiración y de amor. El genio de Odín ó de Osian, no concibió esta graciosa alegoría en medio de las negras escarchas de las regiones del polo; y si el Delfín de la naturaleza pertenece á todos los climas, el de los poetas es exclusivo y propio de la Grecia.

Mas antes de trasladarnos sobre aquellas costas, en otro tiempo afortunadas por su ilustración y por su gloria, y de recordar los caracteres del Delfín poético, consideremos de cerca el de los navegantes: la fábula tiene muy bellos y delicados atractivos; pero ningunos son superiores á los de la verdad.

Las formas generales del Delfín que describimos son mas agradables á la vista que las de casi todos los demás Cetáceos: sus proporciones están menos distantes de las que consideramos como tipo de la belleza. Su cabeza, por ejemplo, tiene con las demás partes del Cetáceo relaciones de dimension mucho mas análogas á las que nos han agradado en los animales que reputamos mas favorecidos por la naturaleza. Su conjunto viene á ser un compuesto de dos conos prolongados casi iguales, unidos por su base. La cabeza forma la extremidad del cono anterior, ningún surco la separa del cuerpo propiamente dicho, ni sirve para darla á conocer; pero termina en un hocico muy distinto del cráneo, muy prolongado, muy aplastado de arriba á bajo, redondeado en su contorno, de modo que presenta la imagen de una porción de óvalo, indicado en su origen por una especie de pliegue, y comparado por muchos autores á un enorme pico de ansar ó de cisne, cuyo nombre le han dado.

Las dos mandíbulas componen este hocico, y como son casi tan avanzadas una como otra, es evidente que la abertura de la boca no está colocada por debajo de la cabeza, como en los Cachalotes. Esta abertura tiene por otra parte una longitud igual á la novena ó tal vez á la octava parte de la longitud total del Delfín. Se vé en cada quijada una fila de dientes un poco abultados, puntiagudos y colocados de modo, que cuando la boca se cierra, los de abajo entran en los intersticios que separan los de arriba, que los reciben en sus intervalos, y la boca se cierra con toda exactitud.

El número de los dientes es distinto segun la edad ó el sexo. Algunos naturalistas solo han contado cuarenta y dos en la quijada de arriba y treinta y ocho en la de abajo. El profesor Bonnaterre halló cuarenta y siete en cada quijada de un individuo colocado en el gabinete de la escuela veterinaria de Alfort; y Klein dice que un Delfín observado por él tenía noventa y seis en la mandíbula superior y noventa y dos en la inferior.

La lengua del Delfín, un poco mas blanda que la de algunos otros Cetáceos, es carnosa, comestible, y segun Rondelet, bastante grata al paladar. No presenta ninguna de aquellas papilas á que se ha dado el nombre de cónicas, que se hallan en la del Hombre y en la de casi todos los animales Mamíferos; pero está sembrada, sobre todo hacia el exófago, de muy pequeñas eminencias, horadadas cada una con un agujerito. En su base hay cuatro hendiduras colocadas casi como lo están las glándulas de campanilla que se ven en la lengua del mayor número de los Mamíferos, asi como en la del Hombre. Su punta está recortada en forma de

prolongaciones sumamente estrechas, cortas y obtusas.

Los espiráculos, cuya forma, válvula interior y verdadera posición, parece que Rondelet conocia ya, se reúnen en una sola abertura, situada casi sobre los ojos, la cual tiene la forma de una media luna, cuyas puntas están vueltas hacia el hocico. El ojo apenas está mas elevado que la comisura de los labios, de la cual solo dista un pequeño intervalo; la forma de la pupila se parece un poco á la del corazón, y si se examina lo interior del órgano de la vista, es sorprendente el brillo que esparce el fondo de la membrana, á que se ha dado el nombre de corioidea. Este fondo está revestido de una especie de capa de un color amarillo dorado, como en el Oso, el Gato y el León. Acaso debiera notarse que este color particular que dora la corioidea, se halla tambien en el Delfín, cuyo ojo, colocado comunmente debajo de la superficie del mar, solo recibe la luz á través del velo formado por una capa de agua salada mas ó menos turbia, y mas ó menos densa; lo mismo que en los Cuadrúpedos, cuyo órgano de la vista extraordinariamente delicado, se abre sino muy poco cuando están expuestos á rayos de luz muy numerosos ó intensos.

El conducto auditivo, cartilaginoso, tortuoso y delgado, termina al exterior por un orificio notablemente angosto.

La porción petrosa suspendida ó pendiente por ligamentos como en otros Cetáceos, debajo de una bóveda formada en gran parte por una prolongación del hueso occipital, contiene un tímpano, cuya forma es la de un estenso embudo, un martillo sin mango, pero con una apófisis anterior larga y arqueada; un estribo, que en vez de dos ramas presenta un cono sólido, comprimido y horadado con un pequeño agujero; un laberinto situado encima de la caja del tímpano; una hoja espiral para formar el caracol, á la cual una hendidura muy estrecha, guarnecida de una membrana, separa en toda su longitud en dos partes, de las que la mas próxima al eje, es tres veces mas ancha que la otra; un pequeño conducto de perfil redondo y cuyas paredes son muy delgadas, que sigue la curvatura espiral de la lámina ósea adherida al eje del caracol; que aumenta de diámetro, á medida que el de las láminas disminuye, y como este se halla otro análogo en los animales Rumiantes; y en fin, el origen de dos anchos conductos impropriadamente llamados acuoductos, y que lo mismo que los conductos semejantes que se ven en los Mamíferos, hacen comunicar el laberinto de la oreja con lo interior del cráneo, con independencia de los conductos por donde pasan los nervios acústicos.

Después de haber examinado minuciosamente el aparato auditivo del Delfín, ¿quién podrá admirarse ya de la sutileza de su oído? y como los animales debían complacerse mas en el ejercicio de sus sentidos, cuando sus órganos son mas propios para producir impresiones vivas y multiplicadas, el Delfín que se halla en este caso, debe complacerse y se complace realmente en oír diferentes cuerpos sonoros. Los tonos variados de los instrumentos de música no son los únicos que atraen su atención; podría decirse que experimenta tambien cierto placer en percibir los sonidos regularmente periódicos de las bombas y de otras máquinas hidráulicas, aunque monótonos y muchas veces desagradables al oído delicado de los músicos inteligentes. No obstante, un ruido súbito y violento le suele aterrar. Aristóteles nos manifiesta que en su tiempo los pescadores de Delfines rodeaban con sus barcas una manada de estos Cetáceos, y producian repentinamente un gran ruido que se hacia mas insuportable para el oído de estos animales por el intermedio del agua salada que lo trasmitia, y que es mucho mas densa que el aire, de modo que les inspiraba un terror tan grande, que se precipitaban hacia la costa y encallaban en la playa,

víctimas de su sorpresa, de su aturdimiento y de su invencible miedo.

La organización del oído de los Delfines hace tambien que oigan desde lejos los sonidos que pueden producir los individuos de su especie. A la verdad, se ha comparado su voz á una especie de gemido sordo; pero este se aumenta por las reflexiones que recibe de las costas del Océano y de la superficie misma del mar, se propaga fácilmente como todo efecto sonoro, por aquella inmensa masa de fluido acuoso, y debe, segun Aristóteles lo habia observado, una nueva intensidad á este mismo líquido, cuyas capas, las superiores por lo menos, le transmiten al órgano auditivo del Delfín.

Los pulmones, de donde salen los sonidos que hace oír el Delfín, presentan además un gran volumen.

La caja ósea en que están encerrados los espiráculos, la órbita, y otra cavidad mas posterior y mas elevada que ella, destinada, como hemos dicho, á alojar el oído interno, son muy pequeñas comparadas con la longitud del Delfín. Su cráneo en general es muy convexo.

Las diferentes porciones de la espina dorsal que se articula con esta caja ósea, ofrecen tales dimensiones, que el dorso propiamente dicho, solo forma la quinta parte con poca diferencia, y el cuello solo compone la trigésima.

El cuello es, pues, extraordinariamente corto. Tiene sin embargo siete vértebras como el de los otros Mamíferos; pero de estas siete, la segunda ó el axis es muy delgada, y muchas veces las cinco últimas no tienen un milímetro de grueso.

Tal pequeñez de cuello explica bastante por sí sola, por qué razon no puede el Delfín dar á su cabeza movimientos muy perceptibles é independientes de los del cuerpo; y aumenta todavia la inflexibilidad relativa de la cabeza, el estar soldada la segunda vértebra del cuello con la primera ó sea el atlas.

Las vértebras dorsales propiamente dichas, son trece, como en otros muchos Mamíferos, particularmente en el León, el Tigre, el Gato, el Perro, el Zorro, el Oso marítimo, un gran número de Roedores, el Ciervo, el Antílope, la Cabra, la Oveja y el Buey.

Las otras vértebras que representan las lumbares, las sacras y las coxígeas ó vértebras de la cola, son ordinariamente en número de cincuenta y tres, aunque el profesor Bonnaterre ha contado setenta y tres en un esqueleto de Delfín que formaba parte de la colección de Alfort. Ningun Mamífero extraño á la gran division de los Cetáceos, presenta tan grande número de ellas; los Cuadrúpedos en que se han reconocido mas vértebras lumbares, sacras y caudales, son el grande Hormiguero, que sin embargo, solo tiene cuarenta y seis, y el Fatagín que tiene cincuenta y dos; y esta es una grande analogía que presentan los Cetáceos con los Peces, con quienes comparten su mansión y el modo de moverse.

Las apófisis superiores de las vértebras dorsales son mas altas á medida que están mas distantes del cuello, y las de las vértebras lumbares, sacras y caudales, son al contrario tanto mas bajas cuanto se hallan mas cerca de la extremidad de la cola, cuyas tres últimas vértebras carecen totalmente de estas apófisis superiores; pero las de las vértebras que representan las lumbares son las mas elevadas, porque sirven de punto de apoyo á enormes músculos que allí se insertan, y que dan movimiento á la cola. También observamos que las doce vértebras caudales que preceden á las tres últimas, no solo tienen apófisis superiores, sino inferiores, en las cuales se implantan muchos de los músculos que mueven la aleta de la cola, los cuales por consiguiente, aumentan la fuerza y la rapidez de los movimientos de este poderoso remo. Las vértebras dorsales sostienen las costillas cuyo número es igual en cada lado al de las mismas vértebras, en número de trece.

El esternon, en donde terminan las costillas externas vertebrales, impropriadamente llamadas verdaderas costillas, se compone de muchas piezas articuladas entre sí, y se reúne con las extremidades de las costillas por medio de pequeños huesos particulares, muy bien observados y descritos por el profesor Bonnaterre.

A bastante distancia del esternon y á entrambos lados del ano se descubre en las carnes un hueso poco extenso, chato y delgado, que con su análogo forma los únicos huesos de la pelvis que tiene el Delfín vulgar. Este es un pequeño carácter de afinidad con los Mamíferos que no carecen como los Cetáceos de extremidades posteriores, y estas dos pequeñas láminas óseas tienen alguna relacion por su inserción con los pequeños huesos que sostienen por delante del ano las aletas inferiores de los Peces abdominales.

En seguida del esternon se halla el diafragma. Como este músculo que separa al pecho del vientre no está enteramente vertical, sino un poco inclinado hacia atrás, ensancha por su posición la cavidad del pecho por el lado de la columna vertebral, y deja mas lugar á los voluminosos pulmones de que hemos hablado. Conformado de un modo á propósito para ser muy fuerte, y unido á los músculos abdominales que tambien tienen mucha fuerza, porque la mayor parte de sus fibras son tendinosas, facilita los movimientos por medio de los cuales el Delfín inspira el aire de la atmósfera, y le ayuda á vencer la resistencia que opone á la dilatación del pecho y de los pulmones el agua del mar, mas densa que el fluido atmosférico en que únicamente están sumergidos la mayor parte de los Mamíferos.

Debajo del diafragma hay un hígado voluminoso, como en casi todos los habitantes de las aguas. Los riñones están compuestos como los de casi todos los Cetáceos, de un gran número de pequeñas glándulas de diversa figura, que Rondelet ha comparado á los granos de uva que constituyen un racimo.

La carne de este animal es dura, y ordinariamente exhala un olor desagradable y fuerte. La grasa que la cubre contribuye á la blandura de la piel, que sin embargo es gruesa, y su superficie lustrosa y muy lisa.

La aleta pectoral de cada lado es ovalada, está colocada muy abajo y separada del ojo por un espacio igual al que media entre el órgano de la vista y la punta del hocico. Los huesos de esta aleta, ó por mejor decir, de este brazo, se articulan con un omóplato, cuyo borde espinal es redondo muy grande. La espina ó eminencia longitudinal del hueso del hombro se continúa por encima del ángulo humeral por una lámina saliente que parece hacer funciones de acromion.

El músculo elevador de este omóplato se une á la apófisis transversal de la primera vértebra, y se extiende por su tendón sobre toda la superficie exterior del mismo omóplato. El que corresponde al gran serrato de los Cuadrúpedos, cuya acción tiende á mover ó á sostener el hombro, no está fijo por digitaciones á las vértebras del cuello, como en los animales que se sirven de sus brazos para andar.

El Delfín carece, como los Carnívoros y muchos animales de pezuña hendida, del músculo llamado pequeño pectoral; pero presenta en su lugar un músculo que, por medio de una digitación, se inserta en el esternon hacia la extremidad anterior de esta coraza ósea.

El músculo trapecio que se inserta en la bóveda occipital, así como en la apófisis superior de las vértebras del cuello y de la espalda, cubre todo el omóplato, pero es muy delgado, al paso que el externo-mastóideo es muy grueso, compacto y acompañado de un segundo músculo, que desde la apófisis mastóidea va á insertarse debajo de la cabeza del húmero.

Finalmente, los músculos parecen conformados, proporcionados y unidos de modo que dan solidez al hom-

bro, como conviene á un animal nadador. Por esta organizacion, los brazos, aletas ó remos laterales del Delfin, tienen un punto de apoyo mas fijo y obran sobre el agua con mayores ventajas. De los músculos que mueven el húmero ó el brazo propiamente dicho, el gran dorsal de los Cuadrúpedos está reemplazado en el Delfin por un pequeño músculo que se inserta en las costillas por digitaciones, y que está cubierto por la porcion dorsal del que se llama pánicula carnosa; los músculos supra-espinatos, el infra-espinato, el grande y el pequeño redondos están poco distintos ó como atrofiados.

Por otra parte, el húmero, los dos huesos del antebrazo que están muy comprimidos, los del carpo muy aplastados, los huesos del metacarpo muy deprimidos y soldados entre sí, las dos falanges muy aplastadas del pulgar y del último dedo, las ocho falanges análogas del segundo dedo, las seis del tercero y las tres del cuarto, tienen entre sí una union que hace formar un conjunto, cuyas partes son casi inmóviles unas con respecto á otras, mientras que los músculos que ponen en movimiento el agregado de todas ellas, tienen tal forma, tales dimensiones y posicion, que la aleta que componen puede azotar el agua con rapidez, y por consiguiente con fuerza. Pero esta especie de inflexibilidad de la aleta pectoral, al mismo tiempo que la constituye un órgano excelente de natacion, solo le permite un tacto imperfecto y obtuso.

El Delfin no posee ningun órgano que pueda aplicar á los objetos exteriores, de modo que le sea posible abrazarlos, palparlos, pesarlos, percibir su peso, su dureza, las desigualdades de su superficie, recibir en fin impresiones muy distintas de su figura y de sus diversas cualidades. Puede, sin embargo, en ciertas circunstancias experimentar una parte de estas sensaciones, colocando el objeto que quiere tocar, entre su cuerpo y la aleta pectoral, y sosteniéndole con ella. Por otra parte, toda su superficie está cubierta de una piel bastante gruesa, pero blanda y fácil de ceder á la impresion de los objetos, por lo que puede transmitir estas impresiones á los órganos interiores del animal. Su cola flexible puede aplicarse á una gran parte de la superficie de muchos de estos objetos. Se podria, pues, suponer en el Delfin un tacto de suficiente extension para concederle, mediante la consideracion de este sentido, la inteligencia que le han atribuido muchos autores antiguos y modernos.

La relacion del peso del cerebro con el del cuerpo es como 1 á 25 en algunos Delfines, así como en muchos individuos de la especie humana, en ciertos Macacos y Sapajues; mientras que en el Castor es algunas veces de 1 á 290, y en el Elefante de 1 á 500.

Los célebres anatómicos y fisiólogos Mr. Soemmering y Mr. Ebel, han demostrado que en general, y en igualdad de circunstancias, cuanto mayor es el diámetro del cerebro medido en su mayor latitud, respecto al de la médula oblongada, medida en su base, mas preeminencia debe suponerse en el órgano de la reflexion sobre el de los sentidos exteriores, ó lo que es lo mismo, mas alta inteligencia debe atribuirse al animal. El diámetro del cerebro es al de la médula oblongada en el Hombre, como 182 á 26; en el Macaco, llamado tambien Bonete chino, como 182 á 43; en el Perro, como 182 es á 69, y en el Delfin como 182 es á 14.

Añádase á esto que el cerebro del Delfin presenta numerosas circunvoluciones, casi tan profundas como las del cerebro del Hombre, y para acabar de dar bastante idea de este órgano, diremos que tiene hemisferios muy gruesos; que cubre el cerebelo, que se presenta redondeado por todas partes, y casi es dos veces mas ancho que largo; que las eminencias ó tubérculos llamados testes, son tres veces mas voluminosos que aquellos á que se ha dado el nombre de nates, que se observan casi siempre mas pequeños que

los testes en los animales que se alimentan del fruto de su rapaña, y en fin, que se parece al cerebro del Hombre mas que al de la mayor parte de los Cuadrúpedos.

Las dimensiones y la forma del cerebro del Delfin no solo deben hacer mas verosímiles algunas de las conjeturas que se han formado acerca de la inteligencia de este Cetáceo, sino que parece prueban tambien las que se han formado respecto á su sensibilidad.

Otro comprobante de estas mismas conjeturas es la perfeccion del olfato del Delfin: los Mamíferos mas sensibles, y en particular el Perro, disfrutan siempre de un olfato de exquisita sensibilidad; y á pesar de la naturaleza y de la posicion particular del sitio del olfato en los Cetáceos, se sabia desde el tiempo de Aristóteles, que el Delfin distinguia con prontitud, y desde muy lejos las impresiones de los cuerpos olorosos. Su carne esparce un olor bastante notable como la del Cocodrilo, la de otros muchos Cuadrúpedos ovíparos, y de muchísimos habitantes de las aguas ó de los rios, cuyo olfato es muy fino; y sin embargo, todo olor, demasiado fuerte ó extraño á aquellos á que está acostumbrado, obra tan vivamente sobre sus nervios, que al momento se fatiga, se atormenta, y aun á veces se incomoda ó altera extraordinariamente; y Plinio refiere que un procónsul de Africa trató de hacer perfumar á un Delfin que venia muchas veces cerca de la costa y se acercaba familiarmente á los marineros; el Cetáceo permaneció algun tiempo como aletargado y privado de sentido; despues se alejó rápidamente, y no volvió á aparecer mas hasta pasados muchos dias.

Réstanos todavía advertir que la sensibilidad de un animal se aumenta segun el número de sensaciones que recibe, y que este número, en igualdad de circunstancias, es tanto mayor, cuanto mas mutaciones locales verifica el animal, el cual por consecuencia recibe de este modo las impresiones de un número mas considerable de objetos extraños. Y es de notar que el Delfin nada casi sin interrupcion y con mucha rapidez.

El aparato á que debe esta gran facilidad de movimiento, se compone de su cola y de la aleta en que termina; esta se divide en dos lóbulos, cada uno de los cuales es poco escotado, y tal la anchura de esta aleta caudal que constituye generalmente las dos novenas partes de la longitud total del Cetáceo. Esta aleta y la cola misma pueden moverse con tanto mas vigor cuanto que los poderosos músculos que la imprimen sus variados movimientos, se insertan en altas apófisis de vértebras lumbares. Se tenia una idea tan aventajada de su prodigiosa fuerza, que segun Rondelet, hay un proverbio que compara á los que quieren hacer una cosa imposible, con los que quieren atar un Delfin por la cola.

A causa de este remo vigoroso que el Delfin agita con tanta celeridad, le han llamado los marineros la flecha del mar. Mr. de Saint Pierre, miembro del Instituto, dice en la relacion de su viaje á la isla de Francia, que vió caracolear un Delfin en torno del bajel, mientras que este caminaba un miriámetro por hora, y Plinio aseguró que el Delfin recorre las distancias con mas velocidad que una Ave ó un dardo lanzado por una máquina poderosa.

La aleta dorsal de este Cetáceo no aumenta su velocidad, pero puede ayudarle á dirigir los movimientos. La altura de esta aleta, medida á lo largo de su curvatura, es comunmente un sexto de la longitud del Delfin, y su largo de un noveno. Presenta una escotadura en su borde posterior, y una inflexion detrás de la punta.

Hállase colocada por encima de las diez y seis vértebras que vienen inmediatamente despues de las dorsales, y se halla en su base una fila longitudinal de pequeños huesos oblongos mas gruesos por abajo que por arriba, un poco encorvados hácia atrás, ocultos en los

músculos, cada uno de los cuales corresponde á una vértebra sin estar unido á ella, y representa uno de aquellos huesecillos ó aletillas á los cuales están adheridos los rádios de las aletas en los Peces.

Pero no basta hacer observar la celeridad de la natacion del Delfin; examinemos tambien la frecuencia de sus evoluciones. Median entre estas tan cortos intervalos, que se creeria que le es absolutamente desconocido el reposo, y los diferentes impulsos á que se abandona se suceden con tanta rapidez y producen tanta aceleracion de movimiento, que segun Aristóteles, Plinio, Rondelet y otros autores, se lanza algunas veces á tanta altura sobre la superficie del mar, que brinca por encima de los mástiles de los buques menores. Aristóteles habla tambien del modo con que encorvan con fuerza su cuerpo, estirando por decirlo así su cola como la cuerda de un arco muy grande y poderoso, y soltándola en seguida contra las capas de agua inferior con la celeridad del relámpago, saltan en cierto modo como la flecha del arco, y nos presentan el uso de medios y efectos semejantes á los que nos ofrecen los Salmones y otros Peces, que saltan diques muy elevados cuando se remontan por los rios.

Por efecto de un mecanismo semejante se lanza el Delfin sobre la costa, cuando al perseguir una presa que se le escapa, se entrega á arranques demasiado impetuosos que le llevan mas allá de su objeto; ó cuando atormentado por Insectos que penetran entre los pliegues de su piel y se adhieren á los lugares mas sensibles de ella, se pone furioso como el Leon en quien se encarniza la Mosca del desierto, y ciego con su propia ira, vuelve, revuelve, salta y se arroja como al acaso sobre la costa á demasiada distancia del agua, para que sus esfuerzos impotentes sean capaces de volver á ella, muere al cabo de un tiempo mas ó menos dilatado, como los demás Cetáceos que el mar arroja, ó que son lanzados á la costa por la tempestad ó por otra eficaz influencia. La imposibilidad de proveer á su nutricion, las contusiones y las heridas producidas por la fuerza del choque que experimenta al ser arrojado con violencia sobre la costa, una sequedad súbita en muchos de sus órganos, y otras muchas causas concurren entonces á terminar su vida; pero no hay que creer con los antiguos naturalistas, que la alteracion de sus tubos, cuyo oficio se deseca, comprime y cierra, es lo único que les da la muerte, porque cuando están fuera del agua pueden respirar muy libremente por la abertura de la boca.

El Delfin se ve tanto mas desembarazado para ejecutar sus saltos y circunvoluciones, cuanto que su mayor diámetro no es mas que la quinta parte, con poca diferencia, de su longitud total, y ordinariamente es solo como la sexta durante su juventud. Por lo demás toda su longitud apenas escede de tres metros y un tercio.

Hácia la mitad de esta longitud, entre el ombligo y el ano, se halla situado el pene del macho, que es aplastado y del que solo se percibe comunmente la extremidad del balano. Parece que cuando practica el coito con su hembra, se colocan en una posicion mas ó menos próxima á la vertical, y frente uno de otro.

La gestacion dura diez meses segun Aristóteles; por lo comun la hembra pare en el estío, y esto prueba que el coito se verifica á principios del otoño, despues que los Delfines han recibido toda la influencia de la estacion vivificadora. Solo da á luz uno ó dos hijuelos; los lacta con cuidado, los lleva debajo de sus brazos mientras son débiles, los ejercita en nadar, juguetea con ellos, los defiende con valor, no los abandona, aun cuando ya no necesiten de su auxilio, se complace en ir á su lado, los acompaña por afecto y los sigue con constancia, aunque estén muy adelantados en su desarrollo.

Su incremento es tan rápido, que á los diez años

han llegado casi siempre á toda su longitud. Sin embargo, no debe creerse que treinta años es el término de su vida, como asientan muchos autores siguiendo á Aristóteles. Si recordamos lo que se ha dicho de la longitud de la Ballena franca, fácilmente se pensará con otros naturalistas que el Delfin debe vivir muchos años, y probablemente mas de un siglo.

No solamente la madre y los hijos que ha dado á luz se muestran unidos con los lazos simpáticos de un afecto mútuo y duradero, sino que además, segun se dice, pasa el macho la mayor parte de su vida al lado de su hembra, de quien se constituye constante guardian y leal defensor, y se ha creído que los Delfines en general están unidos entre sí por un sentimiento bastante vivo hácia sus compañeros. Se cuenta, dice Aristóteles, que habiendo sido apresado un Delfin en las costas de Caria, se acercaron al puerto un gran número de Cetáceos de la misma especie, y no volvieron al alta mar hasta despues de haber redimido al pobre cautivo.

Cuando nadan los Delfines en numerosas manadas presentan comunmente una especie de coordinacion; forman hileras regulares, avanzan algunas veces en una misma linea como dispuestos en orden de batalla, y si alguno de ellos aventaja á los otros en fuerza y en audacia, precede á sus compañeros, porque nada con menos precaucion, mas soltura y mayor velocidad; y se muestra como su caudillo ó conductor, nombre que no dejan de darle los pescadores y navegantes.

Pero su afecto no se limita entre los seres sensibles, á solo los de su especie; se familiarizan hasta con el Hombre. Escribe Plinio que en Berberia, cerca de la ciudad de Hippo-Dyarrhite, un Delfin solia adelantarse sin temor hácia la costa, se acercaba á recibir su alimento de mano del que queria dárselo, se aproximaba á los que se bañaban, se entregaba en torno de ellos á todos los movimientos de una alegría extrema, sufría que montasen sobre su espalda, se dejaba dirigir dócilmente y obedecía con tanta celeridad como exactitud. Por exagerados que sean estos hechos, y aun cuando deba suponerse en la propension que conduce ordinariamente á los Delfines alrededor de los buques, que el motivo que los determina es el deseo de mitigar un hambre muchas veces devoradora, es indudablemente el hecho de que se acercan á los costados de las embarcaciones con todas las señales exteriores de la mayor confianza y de una plena satisfaccion; se agitan, se encorvan, se pliegan, se lanzan por encima del agua, hacen piruetas, caen y de nuevo vuelven á hacerlas, á brincar y á elevarse otra vez. Esta sucesion, ó mas bien, esta continuidad de movimientos, procede de la buena proporción de sus músculos y de la actividad de su sistema nervioso.

No olvidemos nunca una gran verdad; los animales que no están contenidos como el Hombre por ideas morales, ni embarazados por el temor, hacen todo cuanto pueden hacer, y obran todo el tiempo que pueden obrar. Ninguna fuerza es inerte en la naturaleza. Todas las causas tienden sin cesar á producir en su completa extension todos los efectos de que son susceptibles. Esta especie de esfuerzo perpétuo que se confunde con la atraccion universal, es la base del principio siguiente: un efecto es siempre el mayor que puede depender de su causa, ó lo que es lo mismo, la causa de un fenómeno es siempre lo mas débil posible; espresion que no hace mas que traducir aquella en que Lagrange ha dado á conocer su admirable principio de la mas pequeña accion.

Por último, esos movimientos tantas veces renovados que presentan los Delfines, esos brincoes, esos saltos, esas circunvoluciones, esas maniobras, esas señales de fuerza, de agilidad y de destreza que la repetición de los mismos actos produce necesariamente, forman cierto espectáculo, tanto mas grato para navegantes fatigados despues de mucho tiempo por la inmensa

soledad y por la triste monotonía de los mares, cuanto que el color del Delfín comun es de un aspecto agradable: ordinariamente es azulado ó negruzco, mientras el animal está vivo y en el agua, realzado además por la blancura del vientre y del pecho.

Acabemos, pues, manifestando todos los matices que se ha creído observar en las afecciones de estos animales. Pretendieron los antiguos que la familiaridad de estos Cetáceos era mayor con los niños que con los hombres entrados en edad. Mecenas-Fabio y Flavio-Alfio escribieron en sus crónicas, según Plinio, que un Delfín que había penetrado en el lago Lucrinio, recibía todos los días pan de mano de un niño; que corría á su voz, que le llevaba sobre su espalda, y que habiendo muerto el niño, el Delfín, que no volvió á ver más á su tierno amigo, murió luego de pena. El naturalista romano añade hechos semejantes que sucedieron en tiempo de Alejandro de Macedonia, ó los que refirieron Egesidemo y Teofrasto. Finalmente los antiguos no han dudado en atribuir á los Delfines con respecto á los jóvenes con quienes podían solazarse más fácilmente que con los hombres de edad proveya, una sensibilidad, una afición y una constancia casi parecidas á las de que el Perro nos da ejemplos tan señalados.

Sin embargo, estos Cetáceos, á los cuales se ha tratado de representar como susceptibles de una adhesión tan viva y tan durable, son animales carnívoros. Pero no olvidemos que el Perro, este compañero del hombre, tan tierno, tan leal y tan adicto, es también un animal carnívoro, y que entre el feroz Lobo y el pacífico falderillo, no hay otra diferencia que los efectos del arte y de la domesticidad.

Los Delfines se alimentan de sustancias animales, buscan particularmente los Peces, prefieren los Bacalao, los Eglefines, los Persecuas, los Pleuronectos; persiguen las numerosas manadas de Mugiles hasta cerca de las redes de los pescadores, y á causa de esta osada familiaridad, se les ha considerado como los auxiliares de aquellos marineros, de quienes ellos pretenden únicamente arrebatar ó compartir la presa.

Algunos autores antiguos, y entre ellos Plinio, han creído que los Delfines nada podían coger con su boca, sino volviéndose y casi encorvándose sobre su espalda; pero tuvieron semejante idea, porque confundían estos Cetáceos con los Escualos y otros pescados grandes. Los Delfines pueden buscar el alimento que necesitan con más facilidad que otros muchos habitantes de los mares, pues que ningún clima les es contrario.

No solo en el Océano atlántico septentrional, sino también en el grande Océano equinoccial, cerca de las costas de la China, de las costas de la América meridional, en los mares que bañan el África, en todos los grandes mediterráneos, y particularmente en el que baña á la vez parte de África, Asia y Europa, se han visto individuos de este género.

En ciertas épocas prefieren la alta mar á la proximidad de las costas. Se ha observado que ordinariamente bogaban contra el viento, y si se comprobaba esta costumbre ¿no podría decirse que procede de la necesidad y del deseo que tienen estos animales de percibir más fácilmente la presencia de los objetos que temen ó que buscan por medio de las emanaciones odoríferas que el viento trae al órgano de su olfato?

Asegúrase que saltan sobre la superficie del mar con más fuerza, frecuencia y agilidad cuando la tempestad amenaza ó cuando el viento debe suceder á la calma. Cuanto mayores sean los progresos que se hagan en la física, tanto más se conocerá que la electricidad del aire es una de las principales causas de todas las mudanzas que experimenta la atmósfera, y cuanto hemos dicho de la organización y de las costumbres de los Delfines, puede sin duda hacernos presumir que deben ser muy sensibles á las variaciones de la electricidad atmosférica.

Se sabe por Oppiano y Eliano que los antiguos ha-

bitantes de Bizancio y de la Tracia perseguían á los Delfines con tridentes asegurados por medio de largas cuerdas, á semejanza de los harpones que se usan al presente para la pesca de las Ballenas francas y de los mismos Delfines. Puntos hay donde abundan tanto estos Cetáceos, que su pesca produce una gran cantidad de aceite; y se dice, que entre los citados parajes, deben contarse las inmediaciones de las costas de la Conchinchina.

No teniendo necesidad de agua los Delfines para respirar, lo que no pueden verificar sino al aire, no es de admirar que se les conserve mucho tiempo fuera del agua, sin que pierdan la vida. Habiendo podido ser fácilmente observados estos Cetáceos, y habiendo escitado siempre la curiosidad del vulgo, el interés de los marinos, la atención del observador, se han llegado á notar sus propiedades, sus atributos y sus rasgos distintivos, y por esta razón muchos naturalistas han creído deber contar en la especie que describimos, variedades más ó menos constantes, distinguiendo los Delfines de un pardo livido, los que tienen la espalda negruzca, con los lados y el vientre de un gris de perla manchados de negro; aquellos cuyo color es de un gris más ó menos intenso, y en fin, aquellos en los que toda la superficie es de un blanco brillante como la nieve.

Acabamos de ver el Delfín de la naturaleza, veamos ahora el de los poetas. Suspendamos un momento la historia del poder creador, y tornemos la vista á las artes que le embellecen.

Entramos en el imperio de la imaginación; la razón ilustrada, á la cual deleita pero sin cegarla ni seducirla, sabrá distinguir en el cuadro que nos proponemos presentar, la verdad adornada con los esplendentes coloridos de la fábula.

Los antiguos habitantes de las afortunadas costas de la Grecia conocían bien al Delfín, pero la viveza de su génio poético no les permitió pintarle tal cual es: su moral religiosa tuvo necesidad de trasformarle y de convertirle en uno de sus tipos, y por otra parte la concepción de objetos quiméricos les era tan necesaria como el cuerpo usa de todas sus fuerzas cuando ningún obstáculo le detiene, y las imaginaciones ardientes no necesitan de los sentimientos profundos ni de las ideas lúgubres que suele producir un clima incómodo para inventar causas fantásticas, para producir seres sobrenaturales, para crear dioses. El más hermoso cielo tiene sus tempestades, la costa más risueña tiene su melancolía. Los campos tesalios, los de la Atica y del Peloponeso, no han inspirado ese terror sagrado: esos negros sentimientos, esos tristes recuerdos que han elevado el trono de una oscura mitología en medio de palacios de nubes y de fantasmas vaporosas, por encima de los promontorios amenazadores, de los lagos brumosos y de las frías selvas de la valerosa Caledonia ó de la heroica Hibernia; pero el valle del Tempe, las pendientes floridas del Himeto, las márgenes del Eurotas, los bosques misteriosos de Delfos y las venturosas Cieladas, han comovido la sensibilidad de los griegos con los más pintorescos contrastes que la naturaleza puede ofrecer, con paisajes románticos, cuadros magestuosos, escenas graciosas, montañas cubiertas de verdor, retiros afortunados, imágenes tiernas, objetos agradables, tristes y aun fúnebres, pero llenos de encanto y de apacibilidad. Los bosques de la Arcadia extendían su sombra sobre las tumbas, pero estaban estas sembradas de rosas.

La mitología griega variada é inmensa como la hermosa naturaleza, á quien debe su origen, ha debido someter todos los seres al influjo de su poderosa acción. ¿Cómo no podría extender su mágica influencia hasta sobre el Delfín? Mas si ha mudado sus cualidades no ha alterado sus formas, ni es la mitología solo la que ha desfigurado sus rasgos: la escultura, todavía en su infancia, también contribuyó á su meta-

morfosis hasta el fin de los tiempos á que dió la Grecia el epíteto de heróicos. Adoptamos en esta parte la opinión de Visconti, miembro del Instituto de Francia, y he aquí lo que piensa respecto á esto este sabio intérprete de la antigüedad.

Apolo era adorado en Delfos no solo bajo el nombre de *Delphico* y de *Pythio*, sino también bajo el de *Delphinio*. Para dar razón de este epíteto, se refería que el dios se había mostrado en forma de Delfín á los cretenses, á quienes había obligado á abordar sobre la costa de Delfos, donde fundaron el oráculo más famoso y venerable del mundo conocido por los griegos; fábula que tal vez no ha tenido otro origen que la semejanza del nombre de Delfos con el de *Delfin*; pero viene desde la más remota antigüedad, y se leen sus detalles en el himno compuesto en honor de Apolo que se atribuye á Homero. Mr. Visconti mira como cierto que *Apolo delphico*, adorado en Delfos, estaba simbolizado por Delfines. Figuras de Delfines debían adornar su templo, y como las decoraciones del santuario ascendían á los más remotos siglos, en ellas debía notarse la infancia del arte. Estas figuras inexactas, imperfectas, toscas y tan poco semejantes á la naturaleza, fueron sin embargo consagradas por el tiempo y por la santidad del oráculo. Los diestros artistas que han florecido en época en que la escultura había hecho ya progresos, no se han atrevido á corregirlas conforme á los modelos vivos; se han contentado con hermosear el carácter, dilatar los rasgos, suavizar los contornos. La forma singular de los Delfines délficos pasó á los monumentos de los antiguos, y se perpetuó en las producciones artísticas de los pueblos modernos, y si ninguno de los autores que describieron el templo de Delfos habló de los Delfines debidos á la escultura y al cincel de los más antiguos artistas griegos, es porque el templo de Apolo fue saqueado varias veces, y porque en tiempo de Pausanias ya no existía ningún resto de aquel monumental.

También los pintores y los escultores modernos representaron al Delfín con los artistas griegos del tiempo de Homero, con la cola levantada, la cabeza muy gruesa, la boca muy grande, etc. Pero bajo cualesquiera rasgos que se los haya figurado, los historiadores los celebraron, los poetas los cantaron, los pueblos los consagraron á la divinidad que adoraban. Se le ha respetado como amigo no solo de Apolo y de Baco, sino también de Neptuno, á quien ayudó, según una tradición religiosa que menciona Oppiano, al descubrimiento de Anfítrite cuando por conservar su virginidad huyó hasta la Atlántida. El mismo Oppiano le llama *ministro de Júpiter marino*, y los griegos le dieron la denominación de *Hieros ichthys* (pez sagrado).

Se ha repetido con sensibilidad y ternura la historia de Phalanto salvado por un Delfín, después de haber naufragado cerca de las costas de Italia. Se han dado honores al Delfín como á bienhechor de la humanidad. Se ha conservado como una tierna alegoría, como un recuerdo consolador para el génio que lucha con el infortunio, la aventura de Arion, que, amenazado de muerte por los feroces marineros del buque en que navegaba, se precipitó en el mar, donde fue acogido por un Delfín atraído por el suave sonido de su lira, y conducido salvo hasta el puerto por aquel animal sensible, atento y agradecido.

No es, pues, extraño que hayan sido llamados bárbaros los tracios y otros pueblos, porque daban muerte al Delfín.

Siempre su movimiento, ha parecido ser entre los habitantes del Océano, no solo el más rápido, sino también el más enemigo del reposo; se le ha creído emblema del génio que crea, desarrolla y conserva, porque su actividad somete el tiempo como su inmensidad domina el espacio: y he aquí la razón de haberlo proclamado *rey del mar*.

Al compás que se ha ido dirigiendo más y más la

atención hacia él, ha compartido con el Cisne el honor de haber sugerido la forma de las primeras naves, por las delgadas proporciones de su cuerpo tan propias para hendir el agua, y por la posición, así como por la figura de sus remos, tan ligeros como poderosos.

Llegando á ser de día en día su sensibilidad y su inteligencia el objeto de la mayor admiración, se ha querido atribuir al Delfín un origen maravilloso: se quiso suponer que los Delfines habían sido hombres castigados por la venganza celeste, decaídos de su estado primitivo, pero que conservaban algunos caracteres de su primera esencia. Luego se llegó á suponer también que Apolo había tomado la figura de un Delfín para conducir hacia las costas de Delfos su más predilecta colonia. Neptuno mismo se había trasformado en Delfín para arrebatar á Melanthis, como Júpiter en Toro para el rapto de Europa, y la poética imaginación de nuestros antiguos se complacía en representar la virginal timidez de la bella, acariciada y animada por el amor sobre la espalda de la deidad raptora, convertida en Delfín y subyugada al imperio de Venus, recorriendo la superficie tranquila de los mares, dóciles y obedientes á la voluntad de sus números. Neptuno fue adorado en Sunio bajo la forma de Delfín tan grata á su amada. No solo el Delfín fue consagrado, sino que hasta se le divinizó; se le adjudicó un lugar en el congreso de los dioses, y el Delfín brilló en medio de las constelaciones celestes.

Habiendo dominado estas opiniones puras ó alteradas con más ó menos eficacia en los diversos países, cuyos rios llevan sus aguas al gran depósito del Mediterráneo, ¿por qué hemos de admirarnos de que el Delfín haya sido por mucho tiempo el símbolo del mar? Así es, que se ha presentado al amor con un Delfín en una mano y flores en la otra, para manifestar que su imperio se extiende sobre la tierra y sobre el mar: un Delfín rodeado á un tridente, era el geroglífico de la libertad de comercio; colocado alrededor de un trípode, indicaba el colegio de los quince sacerdotes que servían en Roma el templo de Apolo; acariciado por Neptuno, era el símbolo de la tranquilidad de las aguas, y de la salvación de los navegantes; dispuesto en forma de una áncora ó puesto encima de un Buey con rostro humano, era el signo de aquella mezcla de velocidad y de lentitud en que se hace consistir la prudencia, lo que ha espresado bien esta máxima favorita de Augusto: *Apresúrate con lentitud*, de que este emperador usaba á cada paso como de lema, aun en sus mismas cartas familiares. Los jefes de los galos tuvieron el Delfín por emblema, su nombre se dió á un extenso país y á dignidades eminentes: se le ve en las antiguas medallas de Tarento y de Posto, muchas de las cuales le representan con un niño alado ó sin alas sobre su espalda; en las de Corinto, que dan á su cabeza sus verdaderos caracteres, en las de Agio, en Acaya; en las de Eubea, Nysiros, Bizancio, Brindis, Larino, Lipari, Siracusa, Thera, Velin, y Carteya en España; en las de Alejandro, Neron, Vitelio, Vespasiano y Tito. El escudo de Ulises, su anillo y espada presentaban la imagen del animal que nos ocupa; su figura se erigió sobre los circos; y por fin, fue consagrado á la hermosura celestial, poniéndole á los pies de aquella perfectísima Venus que se admira como acabado modelo de escultura.

DELFIN GLADIADOR.

Delphinus gladiator (Linn., Bonn., Lacep.)

Este Cetáceo se parece mucho á la Orca, pero sus armas reales son más poderosas y mayores que las aparentes. Su aleta dorsal que se ha comparado á un cable, es mucho más alto que la de la Orca y está situada muy cerca de la cabeza y casi en la nuca. Su altura excede á un quinto de la longitud total del Cetáceo, de